

X Premio de Ensayo Casa África

JAUME PORTELL CAÑO

PERIODISTA ESPECIALIZADO EN ECONOMÍA Y RELACIONES INTERNACIONALES. SIEMPRE EN RELACIÓN CON EL CONTINENTE AFRICANO. EN 2015 GANÓ UN PREMIO DE LA UNIÓN EUROPEA POR EL ARTÍCULO "LES ALTRES EUROPEES", DONDE COMENTABA LA RELACIÓN ENTRE LOS TRATADOS DE PESCA UE-SENEGAL Y LA MIGRACIÓN HACIA EUROPA DE LOS JÓVENES SENEGALESES. HA COLABORADO EN VARIOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y ACTUALMENTE SE DEDICA AL PERIODISMO LOCAL EN LAS ONDAS DE RÀDIO SANTVI Y COLABORA CON *MUNDO NEGRO*.

Jaume Portell Caño

Un grano de cacao

Perspectivas y futuro de la agricultura africana



CON LA EDICIÓN DE TÍTULOS COMO ESTE, CASA ÁFRICA, EN COLABORACIÓN CON LOS LIBROS DE LA CATARATA, SE MARCA COMO OBJETIVO CONTRIBUIR A UN MEJOR CONOCIMIENTO DE LA ACTUALIDAD DE LOS PAÍSES AFRICANOS ASÍ COMO DE SU HISTORIA RECIENTE Y LOS EFECTOS EN LAS SOCIEDADES CIVILES A TRAVÉS DE LOS ENSAYOS Y TEXTOS DE AUTORES AFRICANOS Y AFRICANISTAS. POR TANTO, ESTA COLECCIÓN ABORDA TEMÁTICAS RELACIONADAS CON EL DESARROLLO Y EL POTENCIAL DEL CONTINENTE DESDE UN PUNTO DE VISTA ALEJADO DE LOS ESTEREOTIPOS CON LOS QUE TRADICIONALMENTE SE HAN ABORDADO LAS REALIDADES AFRICANAS.



CASA ÁFRICA

DISEÑO DE CUBIERTA: MARTA RODRÍGUEZ PANIZO

© JAUME PORTELL CAÑO, 2019

© CASA ÁFRICA, 2019

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2019
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

UN GRANO DE CACAO.
PERSPECTIVAS Y FUTURO DE LA AGRICULTURA AFRICANA

ISBN: 978-84-9097-588-6
DEPÓSITO LEGAL: M-586-2019
IBIC: KCT/1H

LAS OPINIONES EXPRESADAS EN LA PRESENTE PUBLICACIÓN SON LAS DE LOS AUTORES. NO PRETENDEN REFLEJAR LAS OPINIONES DE CASA ÁFRICA NI DE LOS EDITORES.

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE. QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

ÍNDICE

PRÓLOGO 7

INTRODUCCIÓN 11

CAPÍTULO 1. EL ESCLAVISMO 17

CAPÍTULO 2. ¿QUÉ ES UNA ECONOMÍA COLONIAL? 24

CAPÍTULO 3. LA PROFECÍA AUTOCUMPLIDA DE JANSSENS:
LAS INDEPENDENCIAS AFRICANAS 37

CAPÍTULO 4. DE LA ISI A LA LIBERALIZACIÓN COMERCIAL 45

CAPÍTULO 5. Y AHORA, ¿QUÉ? 70

BIBLIOGRAFÍA 91

PRÓLOGO

La población africana crece.

Esta realidad se está convirtiendo en una preocupación central en las agendas de gobiernos e instituciones, tanto del continente como del resto del mundo. Según los expertos, la ciudadanía africana se duplicará de aquí a 2050. Ese crecimiento se producirá, mayoritariamente, en las calles de sus ciudades, que acogerán un *boom* demográfico fundamentalmente urbanita, que aun rejuvenecerá más a los países africanos, con pirámides de poblaciones ya de por sí muy jóvenes. Se vuelve perentorio buscar alternativas para que esos nuevos ciudadanos se eduquen, cuiden de su salud, se alimenten y puedan trabajar y contribuir al bienestar de sus países y del planeta.

En un contexto de este tipo y por muchas razones, la agricultura africana se transforma en una opción de

futuro innegable. Es cierto que se enfrenta a numerosas dificultades y desafíos, pero también que es un sector que se significa como territorio para muchas oportunidades, sobre todo en lo que se refiere a emplear a esos jóvenes, empoderar a las mujeres, sacar rédito a las nuevas tecnologías, disminuir la pobreza, favorecer la soberanía alimentaria y poner punto final al hambre.

Nos decidimos por la agricultura como protagonista de la décima edición de nuestros premios de ensayo porque se trata del sector económico más importante en el continente africano. La agricultura emplea al 65 por ciento de los africanos. Además, tiene cara de mujer: manos femeninas producen el 80 por ciento de los alimentos que se consumen en un continente que tiene la capacidad para alimentar al planeta y depende en exceso de las importaciones de alimentos foráneos.

La agricultura puede promover un crecimiento sostenible que reduzca la pobreza sustancialmente, ya que los expertos nos dicen que, en África, la mejora de un 1 por ciento en el PIB del sector agrícola impacta en la reducción de la pobreza hasta cinco veces más que el mismo crecimiento en cualquier otro sector. La agricultura africana es, además, vertebradora de comunidades y sostén de familias, puesto que la mayoría de las explotaciones agrícolas son familiares, pequeñas y medianas.

Las oportunidades de crecimiento en el sector agrario son significativas.

El 60 por ciento de las tierras cultivables del planeta se sitúan en el continente africano y solo se trabaja el 35 por ciento de ellas. El Banco Mundial estima que el llamado agribusiness en África crecerá hasta convertirse en una industria que mueva un trillón de dólares en 2030. Ya lo anunciamos al lanzar este premio: la tecnología es la clave para lograr una revolución agraria africana. La innovación agrícola, a través de huertos urbanos o la mejora genética de los cultivos; el respeto a la biodiversidad y las prácticas tradicionales; la adaptación al cambio climático con nuevas técnicas como la hidroponía o la recuperación de antiguos cultivos; la transmisión de conocimiento a través del móvil tanto en lo que se refiere a los precios del mercado como control de plagas o apoyo técnico; las políticas para reducir el desperdicio de alimentos y para gestionar mejor los recursos y la inversión y el *know how* de la diáspora pueden ser las llaves de una agricultura que alimente, cree riqueza y contribuya a la prosperidad y la paz africanas.

La reflexión que propusimos este año sobre la agricultura africana ha dado sus frutos: entre otros, este título que ahora comienza a leer, firmado por el periodista Jaume Portell Caño (Vilassar de Dalt, 1992), y que resultó ganador de nuestro premio.

El autor expone cómo un metafórico grano de cacao puede ser la base sobre la que erigir la industrialización de la economía africana y lograr un futuro esperanzador para sus pueblos. El texto aúna análisis económico

e histórico y propone soluciones para corregir un sistema de explotación pensado para favorecer intereses que no son africanos.

Jaume Portell Caño es un periodista especializado en economía y relaciones internacionales, con un énfasis especial en el continente africano. Se interesó por África a través del fútbol, pero se quedó fascinado definitivamente por la cultura, la política y la economía. En 2015 ganó un premio de la Unión Europea por un artículo, “Les altres Europes” (‘Las otras Europas’), donde comentaba la relación entre los tratados de pesca Unión Europea-Senegal y la migración hacia Europa de los jóvenes senegaleses. Actualmente se dedica al periodismo local y colabora con medios de referencia, como *Mundo Negro*. Dice que algún día espera poder cubrir una Copa de África de fútbol.

Esperamos que, como le ocurrió a nuestro jurado, su aportación al debate sobre la mejora de la agricultura en África le interese y parezca pertinente. Creemos que cumple con nuestra misión de profundizar en la generación de reflexión y conocimiento en este y otros aspectos y seguir contribuyendo a una visión más poliédrica y amplia de las realidades africanas. Confiamos en que este conocimiento derive en proximidad, cooperación y bienestar compartido, siempre conscientes de que el éxito del continente africano es también el nuestro.

LUIS PADRÓN LÓPEZ
Director general de Casa África

INTRODUCCIÓN

Es imposible entender la actualidad sin mirar al pasado. La historia, lejos de ser un contenedor de datos aparentemente inconexos, es un vector que une puntos que se encuentran en siglos distintos, pero que muchas veces obedecen a los mismos patrones. En ningún otro lugar del mundo esto es tan claro como en el continente africano. Este ensayo quiere hablar de agricultura, pero también quiere mirar hacia otros campos. Las economías africanas, como todas las demás, se pueden simplificar en tres pisos distintos: agricultura, industria y servicios. Actualmente, el continente africano es eminentemente agrícola, pero tiene múltiples contradicciones. ¿Cómo explicar que un continente agrícola tenga millones de hambrientos? Para responder a esta cuestión hay numerosas hipótesis, pero todas ellas parten del mismo lugar:

la historia. No se puede entender el modelo agrícola africano sin explicar la colonización. No se puede entender la orientación de las economías africanas hacia la exportación sin comentar el rol del Fondo Monetario Internacional (FMI). No se puede explicar la estructura del Estado africano sin mencionar el esclavismo. Los discursos sobre África, especialmente aquellos que tienen que ver con la economía, se han hecho durante décadas —¿o siglos?— desde el exterior. Pese a que han fracasado en numerosas ocasiones, la solución por parte de los expertos ha sido huir hacia adelante. Si fallaron las políticas de libre mercado, la explicación debía estar en cuestiones externas a los planes de ajuste estructural (PAE): el problema debía ser la corrupción, el mal gobierno, la cultura, el clima, la geografía o incluso la actitud de los africanos. En ese sentido, la agricultura también se ha movido según las modas ideológicas del momento: o ha sido marginada en comparación con la industria o ha sido considerada el foco de toda la economía. Ninguna de las dos ideas ha funcionado.

Cuando pensamos en África los autores europeos intentamos explicar qué deberíamos hacer por los pobres africanos. Hay voces africanas que proponen desde hace décadas qué hacer con la agricultura, pero raramente son escuchadas. Sucede con prácticamente todo. Ngugi wa Thiongo'o, Boubacar Boris Diop, Fatou Diomé o Calestous Juma, desde sus respectivos campos, han denunciado que las normas comerciales son injustas,

que el desprecio cultural sigue existiendo y que la soberanía política en los países africanos es inexistente. Desde Europa seguimos dando respuestas inadecuadas porque simplemente nos negamos a aceptar que cambien las preguntas. La mano que da siempre está por encima de la mano que recibe y, en el fondo, no nos va nada mal: cada año África entrega a Occidente (en forma de intereses de la deuda, fuga de capitales y repatriación de beneficios) más dinero que el que Occidente da a África en forma de créditos y ayuda al desarrollo.

Uno de los ejemplos más flagrantes se encuentra en el campo de la agricultura. A los europeos nos suele sorprender que nos hablen de dominación colonial en 2018. Hemos desarrollado una especie de autodefensa que salta a las primeras de cambio: “Ya se independizaron en 1960, que dejen de protestar”. Ese mecanismo atribuye la reacción política africana a una especie de infantilismo que ha sido incapaz de superar el pasado. Es una muestra de miopía, pues basta con el ejemplo proteccionista europeo para entender que la agricultura africana no tiene ni una sola posibilidad de crecimiento mientras ese esquema funcione así. Cada año, la UE subsidia con miles de millones de euros a su agricultura. De esta manera, los productores de leche —por poner un ejemplo— pueden tener mejor maquinaria, crear nuevos productos, conseguir nuevas tecnologías y —especialmente— producir muchas toneladas de comida. Muchas más de las que el mercado europeo necesita.

Estos productos se destinan a la exportación a países en vías de desarrollo. Eso por un lado.

Por el otro, tenemos a los países en vías de desarrollo que, si quieren seguir recibiendo créditos de los países europeos, deben abrir sus fronteras al comercio con el exterior. Los aranceles son una cosa del pasado y los subsidios a sus agricultores son eliminados. De esta manera, los productos europeos entran sin ningún tipo de problema a los mercados de países como Senegal, Mali o Burkina Faso. Sus productores, que no tiene tecnología para hacer grandes economías de escala, no pueden competir con sus homólogos europeos.

La UE destinará a la Política Agraria Común 95.000 millones de euros entre 2014 y 2020. En total, según datos de un comunicado de esta institución¹, hay 12 millones de granjeros en la UE. El mismo comunicado compara esa cifra con los apenas 2 millones de granjeros en EE UU. Tanto unos como otros gozan de subsidios milmillonarios cada año. Liberia y sus 4 millones de habitantes deben conformarse con un presupuesto anual que no llega a los 600 millones de euros. Senegal tiene 15 millones de habitantes y su presupuesto anual es de 5.662 millones de euros. De esta manera, el dinero destinado a los subsidios agrícolas para los 14 millones de granjeros europeos y americanos supera el

1. European Commission (2013): *The CAP and agriculture in Europe*. Disponible en http://europa.eu/rapid/press-release_MEMO-13-631_en.htm

presupuesto con el que deben vivir los 19 millones de senegaleses y liberianos. Si hiciéramos la comparación con todos los países de África y sus 1.000 millones de habitantes, el resultado sería mucho más humillante.

Con estos datos no es extraño encontrarse que en Senegal el 90 por ciento de la leche es importada². El dominio de hoy no necesita grandes alardes militares, con un funcionamiento normal de la economía es suficiente. Lo que mata a Senegal no son las armas, son los yogures con etiqueta europea en las estanterías de sus mercados. Tal y como muestran los datos de pobreza en el continente, la cuestión mercantil no es un berrinche nacionalista, sino una pura cuestión de supervivencia.

Ante esa realidad, el desafío para los ciudadanos de los países africanos es considerable. La pesadilla poscolonial solo podrá acabar con un plan integral que establezca vínculos entre la agricultura y la industria para escapar de la pobreza. Es lo que hicieron EE UU, Alemania, Japón, Corea del Sur o, en las últimas décadas, China. Solamente así podrán hacer realidad la sentencia del político cubano José Martí: “Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz”.

2. RFI (2017): *Le lait sénégalais à la peine face à la concurrence européenne*. Disponible en <http://www.rfi.fr/afrique/20170315-le-lait-senegalais-peine-face-concurrence-europeenne>

Es, probablemente, la mayor diferencia que hay entre los países africanos y sus homólogos europeos. Entre las grandes potencias y los países más pobres de la tierra. Centrar la historia sobre uno mismo o centrarla en los deseos de los demás. África ha tenido un papel clave en la historia, pero su relación ha sido especialmente destructiva cuando se ha cruzado con los europeos en el camino. Sin África no habría habido acumulación de capital, ni revolución industrial, ni progreso tecnológico, ni coches, ni bomba atómica ni aviones ni telefonía móvil. Esta estructura centrada en satisfacer los deseos del exterior ha tenido un peso muy importante en el desarrollo de la agricultura, pero para entender mejor el contexto iremos hacia atrás.

Durante siglos, África fue desposeída del recurso más valioso que puede tener cualquier pueblo: su gente.

Los jóvenes africanos, previamente deshumanizados, fueron convertidos en esclavos. En *The intimacy of Four Continents*³ la profesora de la Universidad de Tufts, Lisa Lowe, examina las conexiones entre África, Asia, Europa y América durante los siglos XVIII y XIX. Usa textos de la época colonial y pone sobre la mesa las contradicciones discursivas del liberalismo europeo. Los derechos del hombre solo sirven para los hombres, en un sentido genérico, y para los blancos, en un sentido racial. La construcción de la raza permite que haya hombres con derechos intactos y “no hombres” sujetos a la obra civilizatoria: los cuerpos y la fuerza de los segundos están disponibles para enriquecer a los primeros. En su obra, Lowe cita a la Royal African Company, que en sus informes habla de una “oferta de negros a precios muy razonables” y que considera los beneficios de contar con ese tipo de mano de obra: “Que los negros sean tan baratos es la raíz que provocó la mejora y el crecimiento de las plantaciones, las exportaciones de manufacturas británicas, el comercio de azúcar, tabaco y otros productos americanos, junto al crecimiento de la industria naviera creada para tales propósitos”. La Royal African Company fue fundada como The Company of Royal Adventurers Trading to Africa, y contaba con el monopolio del comercio inglés en África occidental. Estas condiciones, reconocidas por los beneficiarios de

3. Duke, Lisa (2015): *The intimacy of four continents*, Durham, Duke University Press.

este tipo de comercio, permiten entender el engranaje del mundo que vino después.

La llegada de los europeos a América y la instalación de colonos dieron lugar a una táctica de conquista con un principio claro: el trabajo de la tierra permite acceder a la propiedad de esta. Lowe considera que el principio de la “tierra vacía” permitió que el que prometiera “mejorar la producción” pudiera quedársela en propiedad sin tener en cuenta si alguien vivía allí antes. Esta imagen del mundo vacío, junto a la racionalidad de las leyes de la propiedad, permitió que los hombres civilizados cristianos pudieran actuar como tropas de ocupación que desposeían de sus tierras a los pueblos indígenas. La necesidad de trabajo intensivo, junto al desarrollo de la industria naviera, creó unas sinergias que acabaron con las estructuras precoloniales de muchos imperios africanos: la gente fue la primera materia prima que exportaron de forma forzosa. La llegada de esclavos y esclavas negros a América creó una sociedad dual donde se empezaban a aplicar los principios de segregación racial: la parte civilizada y blanca de la sociedad administraba las colonias, monopolizaba el poder político y dirigía la economía. La parte no civilizada y negra de la sociedad ponía el trabajo. Ambas estaban separadas por ley y legaban su posición social a sus descendientes. Estos principios fueron extremadamente útiles para empezar a construir, a nivel nacional e internacional, los conceptos de centro y periferia. A medida que unos estratos acumulaban capital y los

otros ofrecían trabajo, las diferencias sociales se hacían más claras y eso, a su vez, forzaba la dependencia de los sectores más humildes respecto a los más pudientes.

Sería falso decir que la esclavitud nunca había existido en África y que fue la llegada de los europeos la que introdujo el tráfico de esclavos en el continente. Sin embargo, hay que criticar con vehemencia a aquellos que pretenden minimizar el impacto del esclavismo en el desarrollo económico mundial. El efecto en la organización interna de los imperios africanos fue también notable. Básicamente, introdujo un cambio total en la causalidad: antes de la llegada de los europeos, los combates entre dos territorios enfrentados se saldaban con la victoria de uno de los contendientes. En este caso, el imperio victorioso podía capturar a soldados enemigos y convertirlos en esclavos. El auge de la demanda de esclavos incentivó guerras que se libraban, precisamente, para conseguir esclavos. Esa espiral bélica debilitó la estructura de imperios que entraron en decadencia. El comercio de esclavos podría denominarse como un caso de “mal holandés”, en el que la exportación de un producto debilita la economía de un país hasta que el resto de sectores mueren, aplastados por el monopolio. En este caso, la situación era más grave: los países perdían su mano de obra, las guerras creaban conflictos irreconciliables entre diferentes grupos y los mecanismos de funcionamiento de los protoestados Bakongo, Songhai o Benin quedaban debilitados. Los europeos, por otro lado, se beneficiaron

de esta situación para establecer monopolios en los puertos de toda África, acumular capital y adquirir potencia militar para someter a sus vasallos. Y cuánto más débiles eran los reinos africanos, más necesidad tenían de vender esclavos, más incentivos tenían para cazar a su propia población y más mano de obra tenían los europeos.

La historiografía europea oficial suele fijar el fin de la esclavitud como una especie de concesión bondadosa y humanista. Los ingleses se levantaron un día y se dieron cuenta de que no estaba bien esclavizar a gente y actuaron en consecuencia. Raramente se comentan las historias de resistencia. En este contexto, es obligatorio recordar las contradicciones y las dificultades para crear la primera república libre de esclavismo del mundo. No sucedió en EE UU, Inglaterra ni Francia, sino en Haití.

Haití podría considerarse un daño colateral imprevisto de la Revolución francesa. Esta pequeña isla, que actualmente hace frontera con la República Dominicana, era uno de los tesoros del Imperio colonial francés. Su producción de azúcar generaba grandes beneficios para la metrópolis. La estructura social era piramidal: una elite de blancos terratenientes, un pequeño grupo criollo y miles de esclavos negros. Cuando en Francia estalló la Revolución francesa y se empezó a hablar de derechos humanos, los haitianos pidieron que lo que había triunfado en Francia se aplicara también en la isla. Los propietarios franceses, por supuesto, no acababan de

estar de acuerdo. Toussaint de Louverture, cuyo abuelo había nacido en Benín, lideró la revuelta de los esclavos, que acabó triunfando para proclamar la República de Haití en 1804. No fue un camino fácil: Toussaint de Louverture murió antes de la independencia, Francia no la reconoció hasta 1825, y las amenazas de reocupación militar eran constantes. Los franceses pidieron una cuantiosa compensación económica por la pérdida de las propiedades. Los haitianos, exhaustos, accedieron. Esa losa lastró el desarrollo del país. Esta deuda, junto a una historia de invasiones militares, golpes de Estado y dictadores apoyados por EE UU, ha convertido al referente antiesclavista en el país más pobre del hemisferio occidental con un PIB per cápita de poco más de 700 dólares anuales.

La historia de Haití nos sirve también para observar la capacidad de adaptación de la que disponen los poderes coloniales. El esclavismo desaparece, pero otras formas de dominación económica lo reemplazan. La acumulación primitiva hecha gracias a los esclavos dio lugar a otro mundo: el crecimiento de las manufacturas provocaba que el mercado local inglés o francés necesitara lugares donde poder colocar su sobreproducción. Es así como el esclavismo da paso al desarrollo industrial, y el desarrollo industrial es la antesala del control político, militar y económico de territorios en el mundo entero. El colonialismo moderno quedó fundado en 1884 en Berlín: las potencias europeas se

repartieron África. Francia e Inglaterra se llevaron la parte más importante del pastel; el rey de los belgas se quedó con el corazón del continente en el Congo; Portugal, Alemania, España e Italia se tuvieron que conformar con el resto.